

lagros que admiran la historia y consuelan el mundo mediante un presentimiento de lo que podría llegar á ser.

Sí; el mundo espera: todavía no ha visto el reino del orden en todo su esplendor, pero trabaja para alcanzarlo y espera. Todo hombre que no ha renunciado á ser hombre para descender al sepulcro vacío y cerrado de sí mismo; todo hombre en quien el hombre sobrevive, tiene fijas sus miradas en la resplandeciente alba del porvenir, y cree en unos días de los cuales solo hemos vislumbrado la preparacion. No en vano despues de Jacob *las naciones han esperado* (1); no en vano despues de Isaías *ellas han esperado* (2), y sobre todo, no en vano despues de Cristo *ellas han visto* (3): sus esperanzas y su vision son las prendas de aquel *siglo futuro* del que Jesucristo, antes de aparecer, *era ya el padre* (4), y cuya progresiva manifestacion empezó cuando vino. ¿Quién comparará el mundo actual con el antiguo? ¿quién no reconocerá un movimiento que de siglo en siglo va conduciendo el mundo hácia los beneficios del orden?

Mas, dado que nos equivocáramos acerca de la imágen concebida de una perfeccion que no debiese realizarse, siempre resultaría que el mundo es susceptible de un orden mas ó menos grande, mas ó menos universal y cumplido. Esta es una verdad tangible, que no necesita demostracion, si no queremos negar la libertad humana, y someterla á las columnas de Hércules de una fatal inmovilidad. Sean cuales fueren los límites impuestos á la humana esperanza, esta tiene á lo menos un círculo en que puede vivir y triunfar. Pues bien, para nosotros, cristianos, el fundamento de esta esperanza consiste en la difusion del reino de Dios y de su justicia, es decir, en el progreso de la socie-

(1) Genes. xxxix, 10. — (2) Isai. xiv, 32.

(3) Matth. xxiii, 16. — (4) Isai. xvi, 6.

dad de las almas, creada por Dios en los primeros días del hombre, continuada por los Patriarcas, reanimada en Moisés, y que ha recibido de Jesucristo su última é inviolable forma. Otros contarán en los descubrimientos de la ciencia; extasiaránse ante las máquinas que aligeran el trabajo humano, ó que transportan al viajero á las extremidades del mundo con fabulosa rapidez; darán á los desarrollos del comercio y de la industria, ó á los perfeccionamientos de la administracion civil, nombres impregnados de una admiracion mas popular que razonada: para nosotros el orden no consiste en nada de esto, pues todo esto, por notable que sea, puede ser corrompido por el orgullo, la avaricia, el odio y las demás pasiones, y no servir sino para facilitarles una expansion mas vasta por mas rápidos medios. El orden nace de Dios por el corazon del hombre; y aunque no hubiera en el mundo ni Cristo, ni Iglesia, ni vida sobrenatural, el corazon del hombre seria el único lugar del que deberia esperarse la semilla y la cultura del porvenir. Un pensamiento verdadero conquistado por la humanidad, una virtud nueva admitida en el panteon de su fe, hé ahí lo que haria mas en favor del progreso de sus destinos que todas las invenciones de la mecánica y las celeridades de nuestros cuerpos.

Pero sobre la tierra hay mas que el corazon del hombre; encuéntrase al propio tiempo en ella el corazon de Dios. Vos lo creéis, Manuel; creéis que, bajo el envoltorio de vuestra carne, en el profundo seno de aquella enfermedad que os hace hombre, ha vivido y aun vive el corazon de un Dios. Creéis que su palabra está en el Evangelio, y su vida en la Iglesia. Lo creéis, y siendo así, ¿cómo no pondría en él, y en lo que hace la perpetuidad de él mismo en medio de nosotros, toda la fuerza de vuestra esperanza para el género humano? ¿por ventura la esperanza no es la pri-

mogénita de la fe? Creyendo, pues, en Jesucristo, ¿cómo esperaríais en otro que en él?

Á menudo me traslado yo á las catacumbas. Cuando mi esperanza vacila, allí yo encuentro la energía de mi alma y lo que se necesita de imperio para llevar el peso de lo desconocido; yo me represento aquellos pobres, aquellos trabajadores, aquellos esclavos, todo aquel pueblo oscuro escondido bajo la triunfante Roma de Augusto y de Trajano. Sobre su conciencia pesaba el universo con todo el peso de cuarenta siglos, y Roma añadía á esta presión de las edades el plomo sangriento de su terrible dominación. De hecho nada había sino un hombre muerto en la Judea sobre la cruz. Él era, con su propia sangre, el único contrapeso que podían oponer á la máquina de este mundo tal cual se hallaba constituida, y hasta entonces lo había sido. Después de muchos días pasados en el ayuno y el silencio, llevábanles entre las sombras de la noche y el resplandor de las antorchas, el cuerpo ajusticiado de alguno de sus compañeros. Contaban sus heridas, veían con sus ojos, tocaban con sus manos los surcos abiertos por la tortura en aquellos débiles miembros, que no habían encontrado protección alguna contra el poder del imperio; y los que por piedad los habían recogido les referían en voz baja las vociferaciones de la muchedumbre contra los mártires, y la inquebrantable paciencia de estos en medio de los tormentos. Ni una sola lágrima era derramada sobre aquellos tristes restos: la primitiva Iglesia no lloraba, esperaba. Cada cuerpo tendido bajo la losa sepulcral era para ella una nueva piedra de la ciudad de Dios, el fundamento de la victoria futura, un llamamiento á la justicia invisible ínterin llega la visible. De esta manera pasaron tres siglos, los más bellos siglos del mundo, porque fueron los de una esperanza, que únicamente se apoyaba en una

invencible fe en la muerte del hombre (1), precedida de la muerte de Dios (2).

Y nosotros, querido amigo, que hemos pasado de las catacumbas á la claridad del sol; que hemos visto los días de Constantino y los de Carlomagno y los de san Luis y nuestros propios días; nosotros, hijos de un espectáculo en el que Cristo ha sido constantemente el señor y maestro de las naciones, ¿retrocederíamos espantados ante los sofismas de una incredulidad que intenta oscurecer, con la cantidad de las edades, la cantidad de la luz, y que insegura por este lado llama de lejos, en apoyo de su obra, el quebrado cetro de la persecución? ó bien, cayendo en el lazo de una ciencia que se cree todopoderosa, y renegando de la esperanza cristiana por abrazar una esperanza materialista, ¿imaginarémos que, dueños como somos de la naturaleza inanimada, somos también árbitros de esta otra naturaleza rebelde que constituye nuestro cuerpo y crea nuestras pasiones? Por mi parte yo no desdeño la materia; acepto sus servicios, admiro su poder; mas no espero sino de Jesucristo y de su Iglesia el verdadero bien de las naciones, es decir, el espíritu de fraternidad sincera y generosa, la elevación de los pobres en su dignidad moral, el honor del trabajo, la santidad de las relaciones domésticas, la modestia de las ambiciones, la paz de los pueblos y la paz de las almas; en fin, el acrecentamiento de este fondo social que no se inscribe en el Banco ó en la Bolsa, sino que se pesa en la conciencia de la historia y en el juicio de Dios.

Sin embargo, ¿os limitaréis, en lo que concierne á vuestros deberes respecto de la Iglesia, á la fe y á la esperanza? Estas son dos bellas gradas del templo; pero no la última. Como la fe conduce á la esperanza, por la esperanza y la fe se pasa al amor. San Pablo

con su precioso lenguaje dice: *Cristo amó á su Iglesia, y se sacrificó por ella* (1). ¿Seria posible no amáramos lo que Cristo amó y aquello para lo que dió su vida y su muerte? Aquí, sobre todo, en este supremo punto del amor, es donde debíamos encontrarle. Para creer en la Iglesia, la presencia y accion del Espíritu Santo es la que determina nuestra fe: para esperar en su destino, la soberana mano de Dios es la que nos aparece, y Jesucristo mismo es quien invoca su propio nombre, diciendo á sus Apóstoles: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra*; mas, al llegar al amor, Jesucristo viene todo entero á nosotros; pues *amó á su Iglesia, y se sacrificó por ella*; ¡qué digo! despues de haberla *comprado con su sangre*, usando otra expresion de san Pablo, ha querido ser siempre su jefe, ó mejor, *su cabeza*, como enérgicamente lo dice el mismo Apóstol: *Cristo es cabeza de la Iglesia* (2). Lo que supone que la Iglesia es su cuerpo. Y en efecto, san Pablo no retrocede ante esta consecuencia. *Ciertamente, dice, nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien la sustenta y cuida, así como también Cristo á la Iglesia; porque nosotros somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos* (3); y partiendo de este punto, aplica á la union de Jesucristo con la Iglesia las imágenes y expresiones con las que se suele pintar ó definir aquí abajo la mas dulce, la mas fuerte, la mas íntima y la mas sagrada de las humanas alianzas, la union del hombre y de la mujer en la indisolubilidad del lazo nupcial. *El hombre, dice, cabeza es de la mujer, como Jesucristo es cabeza de la Iglesia* (4).

Verdad que esto no pasa de ser un lenguaje metafórico; mas no por esto es menos alta su elocuencia

(1) Ephes. v, 25. — (2) Ibid. 23.

(3) Ibid. 29, 30. — (4) Ibid. 23.

para expresar los sentimientos que inspira á las almas rescatadas por él, Salvador del mundo, y los que debemos consagrarle en la sociedad espiritual, de la cual es cabeza y fundador. Las afecciones, sea el que fuere su objeto, rastrero ó elevado, terrestre ó sobrenatural, no cambian la esencia: ellas tienen en el corazon del hombre, imágen del de Dios, una forma eterna que así se aplica á lo infinito como á lo que no lo es. Á Dios no se le ama de diversa manera que al hombre, y la ternura de los Santos, aunque divina, no es en su naturaleza mas que la ternura humana. Era, pues, preciso saber cuál de los varios matices que caracterizan nuestros diversos afectos, es el que mejor traduce el amor de Jesucristo á su Iglesia, y el amor de la Iglesia á Jesucristo, lo que envuelve al mismo tiempo el amor que nosotros debemos á entrambos.

Si se atendiera á la infinita diferencia que hay entre Dios y nosotros, podria creerse que la relacion mas exacta de sus sentimientos con los nuestros, fuese de su parte la ternura paternal, y de la nuestra la filial; ó bien, si se conviniera tomar por base la igualdad, atendido el descenso voluntario de Cristo en la carne de Adán, pudiera creerse que la verdadera expresion de nuestro reciproco anhelo seria la amistad. Mas su afecto paternal hubiera interpuesto entre nosotros y él demasiada distancia; el de amigo hubiera creado excesiva familiaridad: era necesario un lazo que, manteniendo en Jesucristo la autoridad soberana, y en nosotros la idea de nuestra flaqueza, aventajara en union, en expansion, en éxtasis, tanto á la amistad como al amor paternal. Habeis ya pronunciado el lazo conyugal, metáfora inefable que se manifiesta desde el Antiguo Testamento en el *Cantar de los cantares*, única que corresponde así al ardor de los Santos como á las llamas de Cristo. Como

una joven adornada con la belleza de su virginidad, conmovida con la felicidad emanada de su virtud, lleva al escogido dueño de su vida una promesa inmortal; así el alma tocada de Dios, lleva á Cristo que la ha purificado la sumision de una esposa, sumision templada por una ternura comun, nudo fecundo que dando hijos al uno y al otro, consumará su alegría en su posteridad.

Perdonamos gustosos á cuantos, no habiendo sentido jamás el soplo de lo alto en su corazon, se rien de nuestros desposorios con Jesucristo y de nuestro nupcial anillo sellado con su sangre; ya que ignoran la realidad, ¿cómo comprenderian su expresion? Hablando con vos, que habeis gustado en una sincera juventud las primicias del amor divino, uso un lenguaje que no os es extraño, y no dejaria de sorprenderos que me limitara á haceros amar á la Iglesia recordándoos aquellos de sus beneficios que están á la vista de todos. No, á vos yo debo conducirlos mas léjos y á mayor profundidad. Á vos os conviene amar á la Iglesia porque Jesucristo la ama, porque él es su cabeza, porque él es el esposo de las almas que la componen, y porque por ella entre Jesucristo y nosotros se realiza un inexplicable misterio de ternura y fecundidad.

Por lo demás, nuestros enemigos no se equivocan. Si nosotros amamos á la Iglesia, ellos la odian con una cordialidad que justifica nuestra adhesion á ella. No ha mucho os hablaba de las catacumbas, y quizá habeis creido que la Iglesia no se encuentra ya en ellas: ¿estais seguro de esto? ¿sabeis bien dónde os encontráis en este momento, dónde estábais ayer, dónde estaréis mañana? ¡Oh Manuel! ¡Si pudiérais ver la sangre que la Iglesia ha derramado por su Maestro de tres siglos á esta parte; si pudiérais contar sus mártires y sus perseguidores, quizá dudaríais

que se tratara de vuestros tiempos, y mudo ante este espectáculo evocado de la historia, creeríais resucitada de los anfiteatros la época de Neron! Pensad en la Inglaterra de Enrique VIII y de Isabel; representaos la Irlanda hasta los dias de O'Connell; penetrad, por cualquiera puerta, en los dolores religiosos de la Polonia, y en la misma hora en que os hablo, á pesar de los aparentes progresos de la libertad de conciencia, escuchad en la Suecia el clamor de las proscriciones de simples mujeres. No hay necesidad de aportar en las lejanas playas de la China para oir el martillo y el hacha de la persecucion: sus golpes retumban en el centro mismo de la Europa; y el gemido de los mártires se eleva hácia Dios desde el polo de la civilizacion hasta el polo de la barbarie. ¿Qué país ha impreso mas que el nuestro en la frente de la Iglesia este estigma de la Divinidad? No podemos dar un paso por nuestros valles, ni descender nuestras colinas, ni traspasar nuestros bosques sin encontrar ruinas que atestiguan al viajero el implacable poder de nuestros enemigos. La Iglesia de Francia es un sepulcro que se ha vuelto á abrir: en su fondo se ha encontrado la vida, mas la vida luchando con el espíritu de destruccion.

No os sorprendais por ello. La Iglesia es depositaria de tres cosas necesarias al hombre; pero que el hombre mas las teme que las estima: estas tres cosas son: la verdad, la santidad, la autoridad. Esto es precisamente lo que contiene, no tras un velo, sino á la faz de todos, el arca de la alianza del Nuevo Testamento. Suprimidla, ¿y qué quedará en el mundo? Una verdad mal solidada, especulacion incompleta del espíritu que el pueblo no entiende y engaña fácilmente á los sábios; una santidad, vislumbrada quizá por la conciencia, pero incapaz de conducir y someter nuestras pasiones; una autoridad puramente hu-

mana en todas las cosas, unas veces dominadora hasta al abuso, otras débil hasta el desprecio, capaz de proteger los intereses de un pueblo por medio de leyes, su honor por la guerra, pero sin imperio alguno sobre las almas, y no abrazando la humanidad, si es que en ella piense, sino con los estériles votos de una filantropía académica. Fuera de la Iglesia, las grandes realidades producidas por la razón humana son únicamente el paganismo y el mahometismo. No tenemos otro ejemplo, ni otra imagen de lo que ella es capaz entregada á sus propias fuerzas, y si hoy cubre sus intentos ó sus sueños con nuevas formas ó frontispicios, fácil es reconocer que no irá ya mas adelante en el camino de la grandeza moral y mucho menos en el de la grandeza religiosa. Lo que de Dios quedaba en el paganismo, lo que de Dios todavía queda en el mahometismo, excede mucho á la capacidad de nuestros contemporáneos: su talla se ha rebajado por lo que respecta al cielo, aunque se halle al nivel de aquellos con respecto á la tierra. Si sucumbiera la Iglesia, no veríais reaparecer á Scipion, ni siquiera á Saladino.

Sentado esto, querido amigo mio, y de ello no dudaréis con tal que hayais leído diez páginas de los profetas de nuestro siglo, sentado esto, repito, yo os pregunto en nombre de vuestra alma, en la cual creéis, en nombre de vuestro sepulcro, que os sobrevivirá entre los hombres, ¿cuán profundo, arrebatador, inexplicable no deberá ser vuestro amor á la Iglesia de Jesucristo? En cuanto á mí, cuando yo fijo en ello mi atención, caigo á los pies de los mártires con una pasión que parece idolatría, y adquiero la certidumbre de que jamás atenderán menos á la libertad de nuestra fe de cristianos que á la providencia de Dios. La sangre que ya nos salvó nos salvará siempre; y de la misma persecución, cualquiera que sea

su forma, nacerá la venganza de la verdad, que es sobrevivir á todo. Veréis, tenedlo también por cierto, veréis producirse hasta en la Iglesia de Dios ciertos abusos, aparecer ciertos escándalos. Jesucristo nos lo profetizó: *Es necesario que sucedan escándalos*. Por todas partes déjase sentir la flaqueza humana, y, os lo he dicho ya, hasta los pecadores tienen en la Iglesia de Dios un derecho de ciudadanía. La misericordia divina no los ha excluido; ha derramado para ellos, como para los justos, oraciones, lágrimas y sangre. Ellos son los hijos pródigos del amor, los herederos del arrepentimiento, la sombra que acompaña la luz y que se transfigura en luz al mas pequeño movimiento del astro que orienta. ¿Por qué, pues, no sufriríamos sus faltas, ya que debemos regocijarnos de su conversión?

Mas, tenedlo por cierto, no es el triste espectáculo de nuestras miserias reveladas la causa de los rencores que á la Iglesia persiguen, ¡jamás debe juzgarse del océano por la espuma que sobre la playa arroja, ni por las tempestades que agitan sus olas! El océano no consiste en los impuros destrozos que en sus playas aparecen, ni en la inclemencia de sus oleadas; consiste en la profundidad y extensión de sus aguas, en las sendas que abre al comercio de todas las razas, en la solemnidad de su calma, en la magnificencia de sus emociones, así en el abismo de su silencio como en el de su estrépito; y cuando el marinero, llevado por sus tranquilas bóvedas, de repente las ve temblar y crujir, no acusa al Dios que hizo aquella inmensidad sublime, solo acusa su debilidad, é inclinada la frente hasta el suelo de su nave, invoca la estrella que todo lo conduce y pacifica. No son los pecadores los que vuelven el mundo contra nosotros, son nuestros santos; no son nuestros vicios, sino nuestras virtudes y nuestras buenas obras. Puro era Jesucristo cuando fue

crucificado; y si menos dichosa que Él, la Iglesia no ha tenido en todos sus hijos aquella divina transparencia, su honor es no sufrir sino por la misma causa que hizo morir á su divino Maestro.

Quiero, en conclusion, ponerlos en guardia contra una idea capaz de conmoveros ó afligiros. Se os dirá que el amor de la Iglesia es incompatible con el amor de la patria; que mas ó menos tarde deberéis escoger entre el uno y el otro, y que no permaneceréis miembro fiel de la primera sino haciéndoos hijo desnaturalizado de la segunda. Considero de mucha importancia el alejar de vuestra vista esta perspectiva de escollo, pues que el amor de la patria es con el amor de la Iglesia el sentimiento mas sagrado del corazon humano, y si fuera posible que de estos dos amores, el uno fuera enemigo del otro, seria, en mi concepto, la mas profunda tortura que la Providencia hubiera dispuesto para probarnos en este mundo; pero nada de esto hay. La patria es nuestra Iglesia del tiempo como la Iglesia es nuestra patria de la eternidad, y si la órbita de esta es mas extensa que la de aquella, ambas tienen el mismo centro, que es Dios; el mismo interés, que es la justicia; el mismo asilo, que es la conciencia; los mismos ciudadanos, que son el cuerpo y el alma de sus hijos. Es verdad que puede darse el caso de que la Iglesia se halle en contradiccion con el gobierno de un país; pero el gobierno de un país no es la nacion, y mucho menos es la patria. ¿Quién de nosotros ha pensado jamás que su patria esté en la cabeza y el corazon de los hombres que la gobiernan? Nuestra patria es el suelo que nos vió nacer, es la sangre y la casa de nuestros padres, el amor de nuestros parientes, los recuerdos de nuestra infancia, nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras libertades, nuestra historia y nuestra Religion. Ella es todo lo que creemos y todo lo que

amamos bajo la tutela de aquellos que nacieron con nosotros en el mismo punto de tiempo y de espacio, de tierra y de cielo. Para nosotros, el Gobierno solo es un medio de conservar todos estos bienes en su órden y seguridad; y si léjos de cumplir esta mision, la vende ó compromete, nosotros nos refugiamos en el sentimiento de la patria para encontrar sócorro, esperanza y consuelo. Cuando Neron gobernaba el mundo, Roma continuaba existiendo en aquellos que la amaban, y su Foro desierto era la patria de aquellos que aun tenian patria.

De lo que se deduce, que cuando el Gobierno de una nacion persigue á la Iglesia, ó la nacion es católica ó no lo es. ¿Lo es? pues no es la Iglesia la que ataca la patria, es la patria que se halla oprimida en uno de los elementos mas santos y mas queridos, en su fe religiosa, y la Iglesia, defendiéndose con la palabra ó con el martirio de sus hijos, defiende consigo la patria ultrajada y despreciada. Si al contrario la nacion no es católica, evidente es que la Iglesia no entra como uno de los elementos que la constituyen tal cual es; mas todavia está encarnada en ella por el derecho natural de los hombres á la verdad, á la gracia, á la salvacion eterna, y la Iglesia, arrojando la persecucion, trabaja en procurar dos bienes á la patria, uno futuro, que es su conversion, presente el otro, que es la libertad de su conciencia. La Iglesia combatió de esta suerte desde Neron á Diocleciano, y si á causa de esto Tácito la calificaba de *enemigo del género humano*, mas tarde el género humano la condecoró con los títulos de *libertadora* y *madre*. Todo libertador tiene en su vida dos instantes ó épocas: el uno en el que es culpable de alta traicion; el otro en el que la posteridad le dedica estatuas; la Iglesia ha pasado por estos dos instantes, y ambos existen simultáneamente en ella, pues siempre, has-

ta la consumacion de los siglos, ella será perseguida como conquistadora allí donde no reina, y saludada como la luz de las almas y la paz de los pueblos allí donde obtiene el imperio.

Detengámonos aquí, Manuel, observo que mi corazón ya no es dueño de sí mismo. Esta doble imagen de la Iglesia y de la patria evoca con demasiada viveza mis recuerdos, mi cuna, mi bautismo, el regazo de mi madre, los instintos de mi niñez, mi retorno á Dios, las amistades de mi juventud, tantas almas con las cuales la mía simpatizaba, tantas aspiraciones satisfechas, y tantas otras quebrantadas, los sepulcros que he bendecido y que me aguardan para darme acogida, y aquella dicha, en fin, de haber encontrado en mi país la mas duradera alianza de un gran pueblo con una gran fe. También vos disfrutáis de estos bienes que yo disfruté, y, á pesar de lo que oyéreis decir de la Iglesia, la Francia estará siempre en pos de vos para justificarla.

FIN.

— 102 —
ÍNDICE.

	Pág.
Cuatro palabras de los traductores al que leyere.	1
Prólogo.	17
Capítulo preliminar.	45
<i>Primera parte.</i> — De las verdades que debemos creer, ó del	
Símbolo de los Apóstoles.	47
Cap. I. Del Credo ó Símbolo de los Apóstoles.	47
Cap. II. De la naturaleza y perfecciones de Dios.	48
Cap. III. Certeza de la existencia de Dios.	50
Cap. IV. De los misterios en general.	51
Cap. V. Del misterio de la santísima Trinidad.	52
Cap. VI. De la creacion del mundo.	54
Cap. VII. De los Ángeles.	55
Cap. VIII. Del hombre.	56
Cap. IX. Caída del hombre y promesa de un Salvador.	57
Cap. X. Del misterio de la Encarnacion.	59
Cap. XI. Vida de Nuestro Señor Jesucristo.	62
Cap. XII. Del misterio de la Redencion.	65
Cap. XIII. De la descension de Jesucristo á los infiernos.	67
De la resurreccion de Jesucristo.	67
Cap. XIV. De la ascension de Nuestro Señor.	68
Del juicio final.	69
Cap. XV. Del Espíritu Santo.	69
Cap. XVI. Constitucion de la Iglesia.	70
Enseñanza de la Iglesia.	72
Caractéres de la verdadera Iglesia.	73
Obligacion de pertenecer á la Iglesia.	76
Cap. XVII. De la comunion de los santos.	78
Cap. XVIII. De la remision de los pecados.	79
Cap. XIX. De las postrimerías del hombre.	80
De la muerte.	80
Del juicio.	81